

fuerte en poder de Valdés; los sitiados zozobran una vez más entre la desesperacion y la esperanza; tambien este fuerte es abandonado; la flota holandesa entra en la ciudad.

Allí la esperaba un horrendo espectáculo. Un pueblo descarnado, transfigurado, acabado por el hambre, se agolpaba á lo largo de los canales, arastrándose por el suelo, tambaleando, tendiendo los brazos. Los marineros se pusieron á arrojar panes de los barcos á las calles, y entonces comenzaron á entablarse entre aquellos moribundos luchas desesperadas; muchos murieron sofocados, otros espiraron devorando aquel primer alimento, otros cayeron á los canales. Pasado ya aquel primer arrebato, saciados los más hambrientos, provistas las más imperiosas necesidades de la ciudad, se confundieron alegremente ciudadanos, zelandeses, marineros, guardias cívicos, soldados, mujeres y niños, y aquella turba gloriosa y consumida corrió á la catedral, donde entonó, con voz entrecortada por los sollozos, un himno de gracias al Señor.

El Príncipe de Orange recibió la noticia de la salvacion de Leyden en una iglesia de Delft, donde asistia á los oficios divinos. Trasmitió enseguida el mensaje al predicador, y éste lo anunció al auditorio que le respondió con un grito de alegría. Aunque todavia convaleciente y á pesar de que aún causaba estragos en Leyden la epidemia,

Guillermo quiso ver al instante su querida y valerosa ciudad y allá fué; su entrada fué un triunfo; su aspecto majestuoso y sereno reanimó al pueblo; sus palabras le hicieron olvidar todos los dolores sufridos. Para premiar á la ciudad por su heroica defensa, le dió á escojer entre la exencion de ciertos impuestos y la fundacion de una Universidad. Leyden escogió la Universidad.

La fiesta de inauguracion de la Universidad fué celebrada el 5 de Febrero del año 1575 con una procesion solemne. Abrian la marcha un piquete de milicia popular y cinco compañías de infantería de la guarnicion de Leyden, detrás de los que iba una carroza con una mujer vestida de blanco, que representaba el Evangelio, y en torno los cuatro Evangelistas. Seguia la Justicia, con los ojos vendados, la balanza y la clava, rodeada por Justiniano, Papiniano, Ulpiano y Triboniano. A la Justicia sucedia la Medicina, á caballo, con un tratado en una mano y en la otra una guirnalda de plantas medicinales, y la acompañaban los cuatro grandes doctores, Hipócrates, Galeno, Dioscorides y Teofrasto. Detrás de la Medicina iba Minerva, armada de lanza y escudo, escoltada por cuatro caballeros que representaban á Platon, Aristóteles, Ciceron y Virgilio. En los espacios intermedios, iban guerreros vestidos y armados á la antigua. Al fin iban alabarderos, maceros, músicos, oficiales, los nuevos profesores,

los magistrados, una multitud inmensa. La procesion pasó lentamente por algunas calles sembradas de flores, bajo arcos triunfales, entre gahardetes y banderas, hasta llegar á un pequeño puerto del Rhin, donde salió á su encuentro una embarcacion espléndidamente adornada, en la que, á la sombra de un palanquin de laurel y azahar, estaba Apolo tocando la lira, rodeado de las nueve Musas que cantaban, y Neptuno, protector de la ciudad, llevaba el timon. La barca se acercó á la orilla, el rubicundo dios y las nueve hermanas, desembarcaron, besaron uno por uno á los nuevos profesores, saludándolos con hermosos versos latinos; despues de lo cual la procesion se encaminó á la Universidad, donde un profesor de teología—el muy reverendo Gaspar Kolhas—pronunció un elocuente discurso inaugural, precedido por los acordes de la música y seguido de un espléndido banquete.

Supérfluo es decir cómo esta Universidad correspondió á las esperanzas de Leyden. Todo el mundo sabe cómo los Estados de Holanda atrajeron allí, por medio de amplias promesas, hombres doctos de todos los países; cómo la filosofía, arrojada de Francia, se refugió allí; cómo fué mucho tiempo la ciudadela más segura de todos los hombres que lucharon por el triunfo de la razon humana; cómo, por último, llegó á ser la escuela más famosa de Europa. La Universidad actual es un an-

tiguo convento. No es posible, sin un sentimiento de profundo respeto, entrar en la gran sala del Paraninfo, donde se ven los retratos de todos los profesores que se han sucedido, desde la fundacion de la Universidad hasta nuestros dias; entre ellos, Justo Lipsio, Vossius, Heinsius, Gronovius, Hemsterhuys, Ruhneken, Valekenaer, el gran Scaligero, á quien los Estados de Holanda llamaron por medio de Enrique IV; los dos famosos Gomarius y Arminius, que provocaron la gran lucha religiosa, definida por el sínodo de Dordrecht; el celebér-rimo médico leydense Boerhaave, á cuyas lecciones asistia Pedro el Grande, á quien acudian enfermos de todos los países del mundo, y á cuyas manos llegó una carta, escrita por un mandarin chino, sin más que esta direccion: *Al ilustré Boerhaave, médico en Europa.*

Ahora, esta gloriosa Universidad, aunque tiene todavia ilustres profesores, está decaida; sus estudiantes, que en otro tiempo fueron más de dos mil, están reducidos á pocos centenares; la enseñanza que allí se dá no puede rivalizar la de las Universidades de Berlin y de Weimar. Una razon principalísima de esta decadencia es el excesivo número de las Universidades holandesas,—que además de la de Leyden hay una en Utrecht, otra en Groninga, y un Ateneo en Amsterdam;—por lo cual sucede que los museos, las bibliotecas y los profesores eminentes que reunidos podrian formar

una Universidad excelente, desparramados como están, son insuficientes. Y no se diga que Holanda no está persuadida de que una Universidad excelente sería mucho mejor que cuatro medianas, sino que hace mucho tiempo que pide á voces que esto se haga. ¿Por qué no se hace? ¡Oh, italianos! consolémonos; todo el mundo es pátria. Tambien en Holanda la pátria propone y el campanario dispone. Las tres ciudades universitarias gritan juntas:—Suprimamos;—pero cada una dice á las demás;—Suprímete;—y así se continúa sin suprimir nada y siempre pidiendo la supresion.

Pero aunque decaida, la Universidad de Leyden es aún la más floreciente de Holanda, en especial, por los muchos y ricos museos de que dispone. No estaria bien hablar de éstos, de las bibliotecas, ni del admirable jardin botánico, segun únicamente podria hacerlo, de pasada. Sin embargo, no puedo olvidar dos cosas curiosísimas que ví en el Museo de Historia natural: una ridícula y otra sería. La primera, que está en el gabinete anatómico—uno de los más ricos de Europa—es una orquesta formada por una cincuentena de esqueletos de pequeñísimos topos, unos de pié, otros sentados en una doble fila de bancos, todos con la cola levantada, con violines y guitarras en las zarpas, el cuaderno de música delante, el cigarro en la boca, su pañuelo y su petaca, y el director de orquesta con los brazos abiertos, senta-

do en una silla alta. La cosa sería son algunos pedazos de madera roidos, agujereados como la espuma, fragmentos de estacas, que recuerdan el peligro de un inmenso desastre que corrió Holanda hácia la mitad del siglo pasado. Un molusco, una especie de taladro llamado *taret*, traído, segun se cree, por alguna embarcacion de regreso de los mares tropicales, y multiplicado con maravillosa rapidez en las aguas del Norte, habia corroido los maderos de los diques y de las cataratas hasta el punto de que, por poco que hubiera continuado aquel trabajo de destruccion, los diques se hubieran deshecho y el mar habria anegado todo el país. El descubrimiento de este peligro sembró el espanto en Holanda; el pueblo corrió á las iglesias, todo el país puso manos á la obra; se revistieron de cobre los batientes de las cataratas, se reforzaron los diques peligrosos, se defendieron las estacas por medio de clavos, piedras, algas y obra de fábrica, y en parte por estos medios, pero especialmente gracias al rigor del clima que destruyó al terrible animal, fué conjurada la que al principio se creyó irreparable desgracia. Un gusano habia hecho temblar á Holanda; árduo triunfo, negado á las tempestades del Océano y á las iras de Felipe II.

Otra preciosidad de Leyden es el Museo japonés del doctor Siebold, aleman de nacimiento, médico de la colonia holandesa de la isla de De-

cima, el cual, según cierto relato, fué el primero que obtuvo del Emperador del Japon permiso para entrar en aquel misterioso Imperio, en recompensa de haber curado á una hija suya; ó según otra tradición más fidedigna, entró en aquel país ocultamente, y no salió hasta haber pagado su atrevimiento con nueve meses de prisión, y hecho pagar con la cabeza á algunos mandarines el delito de haberle prestado ayuda. Sea como quiera, el Museo del doctor Siebold es quizá la más hermosa colección de su clase que se encuentra en Europa. Una hora pasada en aquellas salas, es un viaje al Japon. Se puede seguir allí la vida de una familia japonesa durante todo el día: del tocador á la mesa, de las visitas al teatro, de la ciudad al campo. Allí se encuentran casas, templos, ídolos, altares portátiles, instrumentos de música, utensilios caseros, aperos de labranza, trages de obreros y de pescadores, candeleros de bronce formados por una cigüeña en pié sobre una tortuga, vasos, joyas, puñales trabajados con prodigiosa delicadeza, pájaros, tigres y búfalos de márfil reproducidos pluma por pluma, pelo por pelo, con la paciencia propia de aquellos pueblos ingeniosos é inmóviles. Entre las cosas que quedaron más grabadas en mi imaginación, figura una cara colosal de Budha, que á primera vista me hizo echarme atrás, y que siempre me parece que la tengo delante, con aquella monstruosa con-

tracción y aquella inexplicable mirada entre de befa, de delirio y de espanto, que á la vez dá asco y terror. Aún estoy viendo, detrás de la cara de Budha, los muñecos de los teatros de Java, verdaderas creaciones de cerebros en delirio, en los que la vista se cansa y el cerebro se confunde; reyes, reinas y guerreros monstruosos; mezclas de hombre, de bestia y de planta, con brazos que terminan en hojas, piernas que acaban en adornos, ramas que acaban en manos, pechos que vegetan, narices que brotan, caras estrambóticas, ojos bizcos, pupilas en la nuca, miembros del revés, alas de dragones, colas de sirenas, bocas de peces, dientes de elefante, cuellos en zig-zag, arabescos de colores, galimatías de que ninguna lengua puede dar idea, y que es imposible retener en la memoria. Al salir de aquel Museo, me pareció despertar de uno de esos sueños febriles en los que se ve algo que no se sabe lo que es, que se transforma continuamente con una rapidez furiosa, en otras cosas que no tienen nombre.

No hay más que ver en Leyden. El molino en que nació Rembrandt ya no existe. De las casas donde nacieron los pintores Dow, Steen, Metz, Van Goyen y aquel Otto Van Veen, que tuvo el honor y la desgracia de ser maestro de Pablo Rubens, no se conserva recuerdo alguno. Aún puede verse el castillo de Endegeest, donde vivieron Boerhaave y Descartes; éste algunos años, duran-

te los cuales escribió sus principales obras de Filosofía y Matemáticas. El castillo está situado junto al camino que conduce de Leyden á la aldea de Katwijk, donde el viejo Rhin, cuyos brazos se reúnen al salir de la ciudad, desemboca en el mar.

La segunda vez que estuve en Leyden quise ir á ver morir este maravilloso río. Desde la vez primera que había pasado el viejo Rhin en aquel aventurado paseo por las dunas, me detenía en el puente preguntándome á mí mismo si aquella pequeña corriente de agua era verdaderamente el mismo río que había visto precipitarse con inmenso fragor de las rocas de Schaffouse, ensancharse magestuosamente frente á Maguncia, pasar en triunfo delante del castillo de Ehrenbreitstein, batir sus ondas sonoras al pié de las siete montañas; reflejar en su curso catedrales góticas, castillos señoriales, colinas floridas, rocas aéreas, ruinas famosas, ciudades, bosques, jardines, cargado por todas partes de naves, sembrado de barracas y saludado con cantos y músicas: y pensando en estas cosas, con los ojos fijos en aquel riachuelo encerrado entre dos orillas planas y desiertas, había repetido mil veces:—¿Es este aquel Rhin?—Las vicisitudes que acompañan á la agonia y la muerte de este gran río en Holanda, despiertan verdaderamente un sentimiento de piedad como si fuesen las desventuras y el fin sin gloria de un pueblo algun día poderoso y feliz. Desde

las cercanías de Emmerich, antes de pasar la frontera holandesa, ya ha perdido toda su belleza y corre describiendo grandes curvas en medio de vastas llanuras que parecen anunciarle la vejez que empieza. En Millingen corre ya enteramente en territorio holandés. Poco más allá se divide. El brazo mayor pierde vergonzosamente su nombre, y vá á desaguar en el Mosa; el otro brazo, insultado con el nombre de canal de Pannerden, corre hasta cerca de la ciudad de Arnhem, donde se bifurca otra vez. Uno de los brazos vá al golfo de Zuiderzee; el otro, llamado aún por lástima Bajo Rhin, vá al pueblo de Durstede, donde se divide por tercera vez. Una de las ramificaciones, cambiando de nombre como un fugitivo, vá á desembocar en el Mosa junto á Rotterdam; el otro, llamado todavía Rhin, pero con el ridículo sobrenombre de *Torcido*, llega fatigosamente á Utrecht, donde se bifurca por cuarta vez: capricho de viejo chocho. Por un lado, renegando del antiguo nombre, se arrastra hasta Muiden, donde desemboca en el Zuiderzee; por la otra, con el nombre de viejo Rhin, vá lentamente hasta la ciudad de Leyden, cuyas calles atraviesa sin dar apenas señal de movimiento, y se reúne en un solo canal para ir á morir miserablemente en el mar del Norte.

Pero no hace muchos años que ni siquiera le estaba concedido este triste fin. Desde el año 839

en el que una furiosa tempestad había acumulado montañas de arena en su desembocadura, hasta el principio de este siglo, el viejo Rhin se perdía en las arenas antes de llegar al mar, y cubría de estanques y lagunas una parte del país. En el reinado de Luis Bonaparte, las aguas fueron recogidas en un gran canal, protegido por tres enormes cataratas, y desde entonces el Rhin vá derecho á su desembocadura. Estas cataratas son el monumento más grandioso de Holanda y acaso la obra hidráulica más admirable de Europa. Los diques que protegen la desembocadura del canal, los muros, las pilastras y las compuertas, presentan el aspecto de una fortaleza ciclópea contra la cual parece que, no solo aquel mar, sino las fuerzas reunidas de todos los mares, deben estrellarse como contra una montaña de granito. Cuando sube la marea, se cierran las compuertas para impedir que el mar invada la tierra; cuando baja, vuelven á abrirse para dar salida á las aguas del Rhin acumuladas, y entonces pasa por ellas una masa de treinta mil metros cúbicos de agua por segundo. Los dias de gran tempestad, se hace una concesion al mar, dejando abiertas las compuertas de la catarata más avanzada, y entonces las ondas se precipitan en el canal, como por una brecha; pero van á estrellarse en las compuertas formidables de la segunda, detrás de las que les grita Holanda:—¡No pasareis de ahí!—Esta fortaleza enor-

me que sobre una playa desierta defiende del Océano á un rio moribundo y una ciudad decaída, tiene algo de solemne, que impone admiracion y respeto.

Por la noche volví á ver á Leyden oscura y muda como una ciudad abandonada, y le dí un reverente adios, con el ánimo más alegre por la imágen de la vecina Haarlem, la ciudad de los paisagistas y de las flores.